**2. COMUNIDADES CONFIGURADAS POR LA MISIÓN**



1. **¿Cuál es la Realidad de nuestras Comunidades?:**

Se han tomado en cuenta las respuestas dadas a una Encuesta sobre la Vida Comunitaria hecha en el año 2019. En general, la encuesta ha ofrecido un rendimiento favorable sobre los indicadores de la vida comunitaria; muestra que en las comunidades hay un nivel bastante bueno de apreciación, aceptación e integración de las diferencias personales y culturales de los individuos.

Pero también saca a relucir unos Desafíos, presentados en orden de importancia:

* El creciente individualismo se ha señalado como el mayor de ellos.
* Siguen las dificultades en la vida intercultural e intergeneracional.
* La influencia de la comunicación social que afecta negativamente la calidad de vida comunitaria.

1. **¿Cómo la Misión puede configurar nuestras Comunidades?**

Para que nuestra Comunidad pueda ser auténtica y fiel a la misión que Jesús le ha encomendado, debe ser configurada desde diversas instancias. Que sea configurada significa que esas instancias influyen en la forma que asume la Comunidad. La principales instancias configuradoras son: la Misión, la Realidad, Jesús y el Envío que hace.

1. **La Misión -Missio Dei- que configura nuestras Comunidades:**

El último Documento Capitular hace referencia a la identidad carismática con que queremos configurar nuestras comunidad: nuestra condición de misioneros -Missionarii sumus-. De modo que el que “seamos misioneros” indica que no se trata de un simple nombre, ni de un mero título. “Missionarii sumus” se refiere a algo profundo, a nuestra identidad, a nuestro ser, a lo que somos, y que se va desplegando como un relato a lo largo de nuestra vida.

Con frecuencia confundimos el que “hacemos misión” con que “somos misioneros”, realidades que pueden coincidir pero no necesariamente. Podemos quedarnos sólo en lo primero.

El problema es cuando privilegiamos el hacer misión y no el que somos misioneros (confusión entre hacer y ser), y así en nombre de las tareas misioneras dejamos de lado el cultivo de nuestra identidad misionera por la formación y la espiritualidad pues no le dedicamos tiempo a ello, y también dejamos de lado la comunidad pues por el activismo andamos rehuyendo los dinamismos y encuentros comunitarios. Todo en nombre de la misión -de una falsa misión-.

Aquí se trata de algo más profundo, de que la Misión llegue a configurar todo nuestro ser, incluyendo la vida comunitaria.

Para ello, queremos recuperar el concepto de “Missio Dei” para recordar que el auténtico misionero es Jesucristo y la misión es su obra salvadora y de anuncio del Reino, y que de esa misión participa la Iglesia, la Congregación, mi comunidad y yo mismo.

Por lo general, pensamos que nuestras comunidades tienen una misión que cumplir, y así suelen estar constituidas. Pero, más bien, es la Misión -la de Dios- la que tiene una comunidad. Lo que importa no es lo que nuestras comunidades hacen “por Dios”, sino lo que Dios quiere hacer a través de nuestras comunidades.

Esto requiere mucho discernimiento espiritual y colaborativo para que vayamos descubriendo lo que Dios quiere hacer, realizar, a través de nuestra comunidad y de mí mismo, y para evitar que la Misión sea lo que nosotros queremos hacer.

No es la Iglesia la que tiene una misión, es la “Missio Dei” (Misión de Dios) la que tiene la Iglesia de la cual se vale para realizar su misión. Esta dimensión instrumental y simbólica de la Iglesia en la “Missio Dei” es obviamente aplicable a la Congregación y a nuestras comunidades.

La comunidad no tiene misión, es la Missio Spiritus (La Misión del Espíritu) la que cuenta con la comunidad y con cada uno de sus miembros. Jesús resucitado se refirió a esto cuando le preguntó a Simón Pedro: **"Apacienta mis ovejas". No le dijo “tus ovejas”**. Y esto, podría traducirse en nuestro caso: tu clase, tus estudiantes o tu parroquia o tu zona de misión.

A veces, nos queremos adueñar de la misión, nos sentimos los dueños de ella, no sólo por encima de los hermanos de comunidad o del laicado sino del mismo Dios. Nos hacemos caciques de la misión. Queremos que todo gire en torno nuestro, que todo pase por nosotros. El reconocer que la Misión es de Dios nos hace vivir de otro modo la Comunidad: todos juntos participamos de la única misión, la de Cristo.

Así, la misión es la fuente que nutre a la comunidad y fuente permanente de espiritualidad. La Congregación quiere vivir esto desde el carisma conferido a nuestro fundador Claret por el Espíritu.

El redescubrimiento del concepto y de la experiencia de la “Missio Dei” nos permite reconocer que no es la comunidad la que tiene un programa misionero, sino que es de Dios. Es el Dios de la misión el que cuenta con la comunidad claretiana para realizar su programa misionero. Así, la “Missio Dei” es mucho más grande que cada comunidad local, que es uno de los instrumentos vivos que Dios utiliza para llevar a cabo su misión en la historia.

Se espera que en toda comunidad misionera sea la Trinidad misionera la que salva a los seres humanos y se establezca el Reino. Dejar que la Misión configure nuestra Comunidad es preguntarnos qué quiere hacer Dios con su misión, cómo la quiere hacer, y nosotros amoldarnos a ello con docilidad, con la arcilla en manos del alfarero.

1. **El Contexto y la Realidad configuran nuestras Comunidades:**

Pero no sólo la Misión debe configurar nuestras Comunidades, también debe hacerlo la realidad de nuestro mundo y el contexto en que nos ubicamos. Las primitivas comunidades, fruto de la primera evangelización, no eran meros "clones" de la comunidad de Jerusalén.

Cada comunidad se fue configurando según el contexto en que surgían: una era la comunidad de Antioquia, otra la de Éfeso, otra la de Tesalónica, otra la de Corinto, etc. El modelo de Iglesia que prevalecía era como oikós, familia, hogar, familia extensa. Así empezaron a hablar de “par oikía”, es decir, las parroquias.

Esto significa que cada comunidad debe encontrar su propia “forma”: debe estar estructurada y configurada según el modelo inspirado por el Espíritu en cada momento y adecuada al contexto.

La comunidad emerge, como un organismo vivo con enorme adaptabilidad. Ya pasó la época donde las comunidades en cualquier continente se vivían como si estuvieran en Europa (horarios, costumbres, alimentos, noticieros).

Por tanto, no se responde al tipo de comunidad renovada cuando las costumbres impiden cualquier innovación basándose en la expresión disculpadora: “siempre se ha hecho así”.

La comunidad que se niega a estancarse es una comunidad abierta a la innovación y dispuesta a asumir la forma “nueva” que el Espíritu quiere otorgar en este momento. Y en ello incide mucho el ambiente en que está ubicada cada comunidad, mejor aún si es el ambiente de los pobres. Para que esto sea posible, la comunidad tiene que ser conducida por un doble proceso:

* De crecimiento en las relaciones mutuas entre todos los miembros que la constituyen (¡sin excluir a ninguno!).
* De interacción con el medio - urbano o rural, cultural, bio -regional, eclesial- en el que se ubica la comunidad y a la que ha sido enviada. No puede ser que el contexto social y eclesial cambie y que la comunidad, en cambio, siga siendo la misma de siempre.

Pero hay que reconocer que hoy día, esa realidad en que se desarrolla nuestra vida comunitaria es más bien desafiante y hasta adversa. ¿Cómo ser más fraternos y cercanos cuando el mundo en que estamos tiende a disgregarnos?

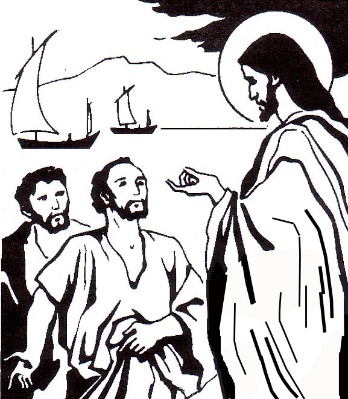
En ese sentido nos dice el Papa Francisco que la cultura actual unifica al mundo por medio de las redes sociales y tecnologías de la comunicación, pero a la vez divide a las personas y a las naciones. Con el Papa, hay que reconocer que *“la sociedad cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos”* (Fratelli Tutti 12).

¿Cómo ser referencias de unidad y fraternidad cuando en el contexto hay disgregación?

Tanto en Europa como en América hubo sueños de integración y de unión entre las naciones, pero la dura realidad hoy nos hace ver que esas ilusiones son del pasado. Conflictos anacrónicos toman fuerza hoy día, los nacionalismos de algunas repúblicas no son más que nuevas formas de egoísmo (Fratelli Tutti 11).

Tenemos el peligro de estar más solos que nunca en el mundo masificado en que estamos. Y esto también aplica a nuestras comunidades, tan permeables a la realidad.

1. **Jesús, el Enviado del Padre, configura nuestras Comunidades:**



El envío definía la identidad de Jesús, que es un hombre que tiene el centro de su vida fuera de sí, lo tiene en quien le envía: *“Yo les aseguro que el Hijo no puede hacer nada por su cuenta; El hace únicamente lo que ve hacer al Padre: lo que hace el Padre, eso hace también el Hijo”* (Jn. 5,19.30).

La Misión configuró su vida, y eso mismo esperaba de sus discípulos a los que Él envía como Él había sido enviado. Por eso, **todas las apariciones de Jesús Resucitado están marcadas por el envío**. Pero su envío es en comunidad, no cada quien por su lado. A Magdalena le dice *“no me retengas más… anda, vete y diles a mis hermanos… María fue corriendo a donde estaban los discípulos y les anunció: He visto al Señor*” (Jn. 20,17).

Jesús da a este envío toda la fuerza de su propia experiencia: “Cómo el Padre me envió a mí, así les envío yo a ustedes” (Jn. 20,21). Como Jesús fue enviado, así somos enviados los Religiosos. Esa es la herencia que nos dejaron nuestros Fundadores y Fundadoras, ellos sintieron la compasión de Jesús al ver a las ovejas sin pastor.

Efectivamente, así como Jesús movido por su compasión, ofreció su palabra de ánimo, curó a los enfermos, dio pan a los hambrientos y entregó su propia vida, así quienes iniciaron nuestras Congregaciones supieron ponerse al servicio de la humanidad, allí donde el Espíritu les envió.

**Hoy debemos sentirnos interpelados acerca de nuestra fidelidad a la misión que se nos ha confiado**. Nos cuestiona el Papa Francisco acerca de si nuestros ministerios y presencias están respondiendo a lo que el Espíritu pide a nuestras Congregaciones.

Y **nos motiva a tener la misma pasión por el pueblo que hubo en nuestros orígenes congregacionales, siendo cercanos al pueblo** hasta compartir sus penas y alegrías, comprender sus necesidades. Si entendemos así la Misión, podrá configurar nuestras comunidades.

En definitiva, vale la pena terminar esta reflexión recordando lo que nos dice MS: *“La Iglesia -y la Congregación- que nace de la missio Dei, se muestra como una comunidad que no solo da, sino que recibe; que no impone, sino que persuade; que ama y respeta la libertad y la dignidad, que se vacía de sí misma y es humilde para crecer con el otro”* (MS 59).

**Para reflexionar:**

1. ¿Cómo construimos y formamos comunidades que colaboren en la “Missio Dei?” ¿Qué procesos hay que abrir para que esto sea posible?
2. ¿Cómo podemos propiciar que la realidad incida en nuestra vida comunitaria?
3. ¿El tener conciencia de ser enviados, cómo modela nuestra vida comunitaria?